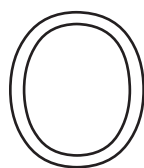


Ave Fénix

■ ■ J.R.M. Ávila*

 chenta y siete años. Para Dios, sólo un respiro; para un hombre, la eternidad. ¿De qué sirven veinte años más de vida cuando el corazón se agota, los riñones se petrifican o el hígado se carcome? Le da vueltas a ese pensamiento desde hace tiempo. Lo que necesito es otro cuerpo, dice desarmado ante el dolor. Recuerda las palabras del médico, que más parecen una sentencia. Una sarta de prohibiciones para conservarse vivo. Sólo ha faltado que le prohíba respirar.

A los viejos, lo único que nos vendría bien sería renacer de las cenizas, como el Ave Fénix, dijo un día don Salvador. Para no pasar por ignorante, no preguntó cómo era aquello. Pero la idea le rondó durante varios días. Algo imaginaba, pero no iba más allá. Que era un ave, lo comprendía. Que renacía de las cenizas, no mucho. No cabía en su cabeza tal disparate. Por fin, gracias a la radio, supo que el Fénix era un ave fabulosa que al envejecer se arrojaba al fuego para renacer de las cenizas. Entonces entendió lo que don Salvador quería decir. Con mayor razón entiende ahora que el dolor se ensaña con él. Sí, otro cuerpo bien que le vendría. Un cuerpo nuevo para vaciar todos los recuerdos y desentenderse de los achaques.

Antes, cuando el dolor llegaba, sentía una aguja punzando ahora su riñón. Ahora, esa aguja escarbaba en todas direcciones, ardiendo, como untada en chile, como acabada de sacar del fuego. Lo que necesito no es otro cuerpo; me conformo con otros riñones. Llega frente al baño cuando el dolor aumenta y las ganas de orinar desaparecen. Se queda ahí, doblado por un golpe bajo. Cuando el dolor lo invade, todo se trastoca. La desesperación crece. Quisiera asir para sacarlo, este filo que se encaja implacable en el cuerpo. Pero no

puede sino sentirlo eternizado. ¿Cuánto tiempo dura? No sabría decirlo. Llega un momento en que el riñón se cansa de dolerle o el cuerpo es incapaz de percibir más dolor. Se incorpora y entra al baño. Enciende la luz, se desabrocha con dificultad. No siente ganas de orinar pero debe insistir. Espera de pie hasta que el chorro lo sobresalta. Mira con alivio el agua del sanitario que se colorea de oro. El dolor está perdido, es un dolor muerto, al menos por esta vez. Se mantiene firme hasta vaciarse de dolor.

El camino de regreso resulta más leve. El viejo se desploma en la cama y se duerme. No sueña sino hasta el final. Un ave enorme, con plumas de rojo fuego, azul claro, púrpura y oro mezclados con negro. Su mirada es torva, vuela encima de una gran fogata. Su vuelo es lento, circular. Se arroja al fuego y arde en dolores que él siente como propios. El fuego le calcina la piel, el cuerpo, los huesos. Alguien intenta rescatarlo, pero otros lo detienen diciendo: Déjenlo, es el Ave Fénix. El dolor, las quemaduras, la angustia, lo despiertan empapado de sudor. No lo abandona el recuerdo de sentirse consumido por el fuego. Pero al mismo tiempo siente un frío insoportable. Ave Fénix, dice mientras apura el agua de un vaso. Se asoma por la ventana y la cierra. La noche de frío arrecia. No debe faltar mucho para que amanezca. Ave Fénix, dice mientras orina de nuevo, aun con el recuerdo del dolor. Ave Fénix, repite mientras se mete otra vez en la cama. El frío no cesa, le hiela las manos. Una de ellas roza su rostro. La mano parece hielo; el rostro brasa. Arde en calentura. Dolor, dolor, dolor. *A los viejos lo único que nos queda es renacer del dolor*, piensa. El peor dolor es la vejez y estar atrapado en un cuerpo inútil.

Nota de repente un aleteo y se incorpora. Afina la mirada y el aleteo se repite. Camina hacia el espejo, acerca el rostro y los ojos, incrédulos, se le desorbitan. Un ave enorme le mira a los ojos tras el espejo. No cabe duda. Levanta una mano y el ave lo imita con una de sus alas. Acerca la mano a su rostro. Se estremece ante el roce de plumas. Relámpago del sueño, las palabras le punzan los oídos: Déjenlo, es el Ave Fénix. Se mira

*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

las alas y no las toma en serio. Bizquea para ver su pico y tampoco le da importancia. El frío penetra hasta la médula. Se dirige hacia la estufa y abre una llave de gas. La caja de cerillos se le resiste entre las alas. Qué colores más irreales y bellos. Después de vanos intentos, logra encender un cerillo. El olor a pluma chamuscada y el ardor le obligan a arrojarlo. Sin darse cuenta ha soltado también la caja de los cerillos. La busca inútilmente. Es mejor regresar a la cama. Al fin y al cabo, pronto amanecerá y el sol se va a encargar del frío.

Mira en el reloj las tres de la mañana. No puede ser tan temprano. El reloj debe estar equivocado, porque ahí, en un rincón de la habitación, nace el sol. Camina hasta la cama y se acuesta. Se ve de reojo en el espejo y se cobija con las alas. Es la calentura, dice notando que el sol se recuesta junto a él. Nada le duele. Sonríe complacido, sintiendo que su cuerpo

de ochenta y siete años se transforma. Oye voces: Es el Ave Fénix, déjenlo renacer. Sin padre, sin madre, sin hijos, abandonado a sí mismo. Soy el Ave Fénix, se dice como para convencerse de que no está en un callejón sin salida. *Sí, grita, déjenme renacer a gusto, sin achaques.* Pero el cuerpo le arde. Abre los ojos y se abandona al sol. Quema su abrazo, duele su fuego. Sonríe al ver al Ave Fénix ardiendo en el espejo. Siente que se despoja de la edad vivida y que renacer duele peor que una aguja hurgando en los riñones. Hasta una piedra se había vuelto polvo ante este dolor. Un dolor devastador, capaz de triturar a la piedra misma. Pero él lo soporta. A fin de cuentas será el último. Después vendrá la recompensa. No importa que renacer duela más que una piedra rasgando los riñones. Soy el Ave Fénix, dice mientras cierra los ojos y ya no existen ni el frío ni el calor ni la vejez ni este cuerpo inútil que sólo sabe doler.

